



NUEVA RELACION

TITULADA:

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA.

Despreciado de una dama,
 hoy mi fortuna se queja,
 y entre ansias y suspiros,
 tiernamente se lamenta
 en ver que mi fino amor
 y mis amantes ternezas,
 me han importado muy poco,
 pues de nada me aprovechan.
 Con esta grande congoja,
 y esta lamentable pena,
 intento salir al monte,
 solo á ver si entre las fieras;
 ó multitud de animales,
 hallo alivio á mis tristezas.
 Y con aquesta zozobra
 de mi casa me saliera

con corto mantenimiento;
 solo para mi defensa
 llevo mi espada y mi capa;
 que en ocasiones es buena.
 Salí de mi casa, ay triste!
 cuando las muchas tinieblas
 de la noche, son amparo
 y seno de las cautelas:
 llegué, pues, á una montaña
 tan eminente y espesa,
 que con sus verdes cogollos
 tocaban á las estrellas.
 Vagueando en mi discurso
 el cómo aliviar mis penas,
 tres dias ocupé el monte,
 sin poder salir de breñas,

y llegando al día cuarto
 antes que el alba rompiera;
 me levanté cuidadoso,
 y al son de dulces cadencias,
 que famosos pajarillos,
 trinan con voces parleras,
 dando á el alba bien venida,
 que ya con candores llega.
 Y al son de esta melodía
 caminé hasta media legua;
 cuando ya rompido el día,
 me hallé al pie de una sierra,
 donde me subí á la cumbre
 por registrar las malezas,
 a questo fué tan á tiempo,
 que el rubicundo planeta
 esparce sus luminares,
 desterrando las tinieblas
 de la noche, con que al día
 deja su claridad bella.
 Por fin, desde aquesta altura,
 con la luminaria excelsa
 divisé una poblacion
 aunque al parecer pequeña.
 Y por ver quien asistia,
 ó ver quien moraba en ella,
 me alenté, y bajando breve,
 los pasos allá me llevan;
 y el corazon me decia:
 Cobra valor, y no temas,
 pues parece que anunciaba
 los lances de la tragedia.
 Y con esta confusion
 fuime arrimando mas cerca;
 y teniéndola presente,
 ví una arquitectura bella
 formada de un buen castillo
 que sus murallas y almenas.
 Y queriendo saber como
 aquel paraje le mientan,
 ó que castillo es aquel,
 llegué á llamar á las puertas,
 y reparando primero
 en un carácter que en ellas
 estampado se ostentaba,
 bien adornado de letras,

las cuales pude leer,
 en donde me manifiestan,
 que en aquel fuerte castillo
 se mantienen tres doncellas
 y la principal señora
 ha dado órden espresa,
 que el que con valor se halle
 para rendir una fiera,
 que es guarda de aquel castillo,
 seria dueño de sus prendas,
 siendo su feliz esposo,
 si consigue tal empresa.
 Llamábase Doña Flor,
 porque su nombre se sepa,
 Confuso quedé, señores,
 solo en referir las letras;
 pero animando el valor,
 llegué á llamar á las puertas.
 Y al golpe del llamador
 el pelo se me endereza,
 el corazon me dá golpes,
 la sangre toda se yela.
 Mas fué, que de un imprevisto
 delante se me pusiera
 el mas horrible animal,
 que se ha visto entre las fieras;
 era el mas soberbio toro,
 que jamás se vió en la tierra.
 Era guarda del castillo.
 y salia á la defensa;
 todo me quedé turbado,
 solo en mirar su violencia
 y aquel fiero remolino,
 que espanto causar pudiera
 á cuantos hombres mirasen
 su compostura tan fea.
 Venia dando bramidos,
 que todo el monte amedrenta;
 escarbando con sus manos
 un hoyo hizo en la tierra,
 que para mí sepultarme,
 pienso que el bruto lo hiciera;
 mas viéndeme en el empeño
 y puesto ya en la palestra
 por gozar la blanca Flor,
 mil vidas allí perdiera.

Intentando la batalla
 tenté la hoja, y apenas
 tomé la capa en la mano,
 salí al campo con destreza
 con un denuedo gallardo
 formando una línea recta:
 silvele al toro atrevido,
 mas él con liberalidad
 se vino á mí velozmente,
 cual si fuera una saeta.
 Yo atrevido lo esperé
 con ánimo y gentileza,
 y sacándole la capa
 al toro de media vuelta,
 pudo mi templado acero
 ser alarde de su fuerza,
 pues paséle el cerviguillo,
 que hasta el corazón le llega,
 y dando un débil bramido,
 reparé que el toro tiembla,
 y que tiene poca vida,
 pues con mi espada sangrienta
 acabé de matar,
 triunfando de su soberbia,
 y con el mucho deseo
 de ver el ángel que alienta
 hoy mi fuerte corazón,
 para batalla tan diestra.
 Volví á llegar al castillo,
 hallé las puertas abiertas,
 entré adentro, y al instante
 las damas me victorean,
 dándome mil parabienes,
 y otras mil enhorabuenas,
 apellidando victorias,
 como ya libres se vieran.
 Mándanme subir arriba,
 y en una sala me entran
 adornada de primores,
 colgada de ricas telas,
 y de hermosos carmesíes,
 de brocados y de sedas,
 que pasmado me quedé
 en mirar tanta belleza.
 Háblome la Flor hermosa
 con urbanidad discreta.

Dijo: ilustre caballero,
 de genealogía excelsa,
 y nobleza tan insigne,
 que tus acciones lo muestran,
 y tu valor tan heróico,
 que ha dado muerte á esa fiera;
 que aquí esclava me tenía.
 Y pues que tu gentileza
 del suplicio me ha sacado,
 estoy á las plantas vuestras,
 mándame que ya soy tuya,
 mi alma y mis tres potencias,
 que á tu voluntad me allano
 me consagro á tus finezas,
 que en las aras de tu amor
 hoy mi alvedrio hace entrega.
 Llévame donde gustares
 á recibir de la Iglesia
 las divinas bendiciones,
 si quieres tu esposa sea.
 Yo le respondí gustoso
 con palabras ahagueñas;
 quisiera saber la causa,
 señora, de hallarte presa
 en este hermoso castillo;
 pero la blanca azucena,
 volviendo á abrir sus dos lábios,
 le dió la lengua licencia,
 para que me respondiese;
 y fué de aquesta manera,
 diciéndome: Yo nací
 en la mas ilustre tierra,
 que baña el sol con sus rayos;
 y las doradas estrellas,
 pues su nombre no refiero,
 por no renovar mis penas.
 Salimos de la ciudad
 mi padre y mis dos doncellas,
 y dos criados tambien,
 que iban en nuestra defensa.
 Pasábamos á un lugar
 á celebrar una fiesta
 de la Virgen del Coral,
 fiesta de mucha opulencia.
 Y para decirte en breve
 lo fatal de mi tragedia,

el camino lo perdimos,
 tomando una oculta senda,
 salimos á estos parajes
 por entre robles y breñas,
 á al encuentro nos salieron
 seis caballeros de prendas,
 dándole muerte á mi padre,
 y á los criados que lleva.
 Y á mí en aquesta prision
 con mis criados me entran,
 saliéndose luego al punto,
 me quedé con mis doncellas,
 hallando los bastimentos,
 que en todo preciso eran,
 quedando por defensor
 del castillo aqueña fiera,
 que diste muerte atrevido
 con tu espada cortadera.
 Ves aquí, jóven, mi historia,
 y mis desdichas adversas.
 Y si gustas ser mi esposo,
 no concibas en tu idea
 mal concepto, que no hay
 un átomo en mí siquiera.
 Yo cortés y agradecido,
 aceptando la fineza,
 la recibí por esposa,
 pues miro con vehemencia
 en mí cumplido el adagio;
 «no hay mal, que por mí no venga:»
 que si una me despreció,

otra hallé que me quisiera;
 con calidad y con doblones,
 segun demuestran sus prendas.
 Y con ánimo bizarro
 dispuse con diligencia
 recoger todas las galas,
 que en el castillo se encierran;
 y cantidad de doblones,
 que así mi suerte lo ordena.
 Y con pompa y aparato,
 las deposité en mi tierra.
 Y en un hermoso convento,
 que es de monjas recoletas,
 entré á las dos religiosas
 donde quedaron contentas,
 llevando luego á mi casa
 á mi Flor, con que se aprestan
 mis bodas, luego al instante
 recibiendo de la Iglesia
 las divinas ceremonias,
 que comunmente se observan.
 Quedando los dos esposos
 en una union muy estrecha;
 dándole gracias á Dios,
 y á la Emperatriz Suprema;
 porque así nos ha sacado
 de aflicciones tan diversas.
 Y el ingenio aquí rendido
 echando la salvadera,
 dá fin á esta relacion
 «no hay mal que por bien no venga.»

Fin.

CARMONA.—1865.

Imprenta de D. José Maria Moreno, calle Madre de Dios número 1.